

PERLAS DEL DUERO



Llegó el otoño con sus primeras lluvias. Y aquí, en este rincón inigualable luce el sol en un cielo algo nublado. Corre una suave brisa. A lo lejos un barco que lentamente se aproxima deslizándose suavemente por el Duero. Es el paisaje que nos embruja una y mil veces y siempre.

Mirad cuánta belleza en estos montes que se precipitan entusiastas hacia ese río de plata para fundirse en sus aguas en un abrazo de siglos. Entre arbustos, los lirios, las chumberas, los naranjos, los almendros, las encinas y frutales por doquier. Y la maravilla de esos olivos milenarios que inundan los bancales con su peculiar color.

Oliveras de Vilvestre, sois el fruto del sudor y sacrificio de tantos hombres y mujeres de este pueblo que os cuidaron con mimo y con ese amor transmitido a tantas generaciones.

Cuántas historias guardáis en vuestros sinuosos troncos y cuántos secretos en esas anchas copas verdes cargadas de succulentas aceitunas. Vuestros frutos son el mejor manjar arribereño. Saborear su jugo es fuente de salud natural y una delicia indescriptible.

Cuando el frío acecha y la escarcha o la nieve cubre los campos, es que ha llegado el momento de apañar la aceituna. Y comienza la fiesta. Las familias y los amigos se agrupan y bajan a los olivares a varear las oliveras, a coger cada aceituna con los dedos entumecidos por el frío, a llenar cestas y cestas y costales o serones y carritos o tractores. Y cansados pero con alegría, vuelven a casa, evocando tiempos pasados y viejas canciones de enamorados.

Días de nostalgia y de recuerdos infantiles se agolpan en mi mente. Nunca olvidaré, en especial, una noche de luna llena, con el río al fondo y el mulo cargado con la aceituna. Sólo se oían las pisadas subiendo las empinadas cuestas del camino que llevan al molino de arriba, ahora tristemente derruido. Y veía las trojes verdinegras alineadas. Un poco más allá en una estancia oscura con una gran chimenea había enormes calderas a la lumbre. Un intenso olor a aceite y a orujo se percibía en el ambiente. Y ese momento mágico quedaba grabado para siempre en mi memoria.

Hoy que vemos cómo resisten aún sólo algunos olivares, ojalá un milagro anime a jóvenes a descubrir su riqueza y a retomar esta tradición aceitunera.

Olivares de Vilvestre, símbolo de nuestro pueblo, sois un regalo de la naturaleza. Llenad de paz y de vida nuestras tierras ahora y siempre.

